

## LOS ESTUDIOS VALLEINCLANIANOS ANTES Y DESPUÉS DE *LA REALIDAD ESPERPÉNTICA*

Ricardo DOMÉNECH  
Real Escuela Superior de Arte Dramático

«Señores académicos: Es de ritual comenzar las primeras palabras que en estas ocasiones se pronuncian, alegando timidez, cortedad, inmerecimientos. Sin embargo, me veo obligado a repetir las...»

Está hablando Alonso Zamora Vicente. Es la tarde del 28 de mayo de 1967, en la Real Academia Española. Después de la entrada por el pasillo central, acompañado por los dos académicos de rigor, Zamora ha empezado la lectura de su Discurso de Ingreso.

Recuerdo bien aquella tarde, la persona que se sentaba a mi lado, entre el público, y la expectación y el interés de todos por lo que fuera a decirnos el nuevo académico. Éste, tras el preámbulo de retórica-obligada-modestia, y tras una generosa alusión al también valleinclanista Melchor Fernández Almagro —cuyo sillón venía a ocupar hoy—, propuso en primer término una reflexión amplia, original, sobre los tan traídos y llevados espejos del Callejón del Gato. El título del Discurso ya anunciaba su propósito: el «asedio» a *Luces de bohemia*.

No era la primera vez que Zamora Vicente escribía sobre Ramón del Valle-Inclán, ni sería la última. En su copiosa bibliografía de filólogo, crítico literario, narrador, destacan de una manera particularmente intensa los estudios valleinclanianos. La devoción de Zamora por la literatura de Valle ha jalonado, verdaderamente, toda su trayectoria de crítico: desde los primeros trabajos hasta los más recientes.

Debo añadir en seguida que la aportación de Zamora Vicente a la bibliografía de Valle ha sido, es fundamental. Intentaré mostrarlo en las páginas que siguen, distinguiendo —a efectos prácticos— cuatro etapas en la crítica valleinclaniana<sup>1</sup> y definiendo la presencia y el protagonismo de los estudios de Zamora Vicente en tres de ellas.

Cabe situar la primera de estas etapas entre 1923 y 1936. En 1923 se edita un importante número monográfico de la revista *La Pluma* sobre Valle-Inclán. Por supuesto que en años anteriores se han publicado no pocos artículos sobre Valle, y que su nombre figura ya en todos

---

<sup>1</sup> Propuse la clasificación de estas «etapas» en mi edición de *Ramón del Valle-Inclán* (Madrid, Taurus, 1988, págs. 9 y ss.) John P. Gabriele parece estar de acuerdo con ella (Cf. *Suma valleinclaniana*, Barcelona, Anthropos, 1992, págs. 11 y ss.).

los Diccionarios y Manuales de Historia de la Literatura Española. Pero, en la mayoría de tales escritos, parece sobreponerse la originalísima *máscara* que de sí mismo ha inventado Valle-Inclán (piénsese en el anecdotario interminable, del que tan vorazmente se nutren las tertulias de café en la época...) a la calidad y trascendencia de su propia literatura. Y cuando no es así, el balance no resulta del todo halagüeño: por ejemplo, recuérdense las graves objeciones de Ortega y Gasset a la *Sonata de Estío* (las famosas «bernardinás», en 1904) e incluso el rechazo frontal del crítico conservador Julio Casares a las cuatro *Sonatas* (en *Crítica profana*, 1916).

El número de *La Pluma* constituye un primer paso para el entendimiento en profundidad de la literatura valleinclaniana. (Nótese, además, que en 1923 ya han visto la luz muchas de sus obras más fundamentales). Los tres artículos iniciales se refieren a la novela (E. Gómez de Baquero), a la poesía (E. Díez-Canedo) y al teatro (Ramón Pérez de Ayala) y son excelentes, a pesar de que algunas valoraciones o clasificaciones hayan sido superadas por la crítica posterior (por ejemplo, la consideración de *Divinas palabras* y de *Luces de bohemia* como novelas). Viene a continuación un díptico: Alfonso Reyes trata de «Valle-Inclán y América» y Ramón María Tenreiro muestra y demuestra la «galleguidad» de la obra de Valle. Manuel Azaña, Ricardo Baroja y Ramón Gómez de la Serna ofrecen tres retratos muy diferentes, compartiendo una misma fascinación por la personalidad de Valle. (No faltan las anécdotas, sobre todo en el de Ricardo Baroja, pero se hallan insertas en un «memorialismo» riguroso). Completan el número textos de Manuel Bueno, Moya del Pino, Corpus Barga, Jean Cassou, Francis de Miomandre y Jorge Guillén, junto con dos poemas (de Antonio Machado y de Cipriano Rivas Cherif) e ilustraciones de Moya del Pino y de Vivanco.

De los artículos que, a partir de entonces, van saliendo en la prensa (artículos sobre un tema general; reseñas de nuevas publicaciones o de reediciones; reseñas de estrenos) destacaré —un poco al azar— unos cuantos, muy distintos entre sí: el de Manuel García Blanco sobre «Lenguaje en Valle-Inclán» (*La Gaceta Literaria*, 15 de septiembre de 1927); la tantas veces citada entrevista de Gregorio Martínez Sierra, en la que Valle define las tres posturas del dramaturgo ante sus personajes («Hablando con Valle-Inclán. De él y de su obra», *ABC*, 7 de diciembre de 1928) y un penetrante artículo de José Ortega y Gasset sobre el *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, donde hay una interesante divagación acerca del esperpento («Estrangulación de Don Juan», *El Sol*, 17 de noviembre de 1935)<sup>2</sup>. Y, sobre todo, un estudio de Amado Alonso, «Estructura de las *Sonatas*, de Valle-Inclán», publicado en la revista *Verbum* (Buenos Aires, XXI, 1928). Frente a Julio Casares, A. L. Owen, Salvador de Madariaga, Ortega y Gasset, etc., Amado Alonso propone una valoración abiertamente positiva de esta obra, analizándola en sí misma, estilísticamente, y desestimando —o justificando, según los casos— sus numerosos préstamos e influencias.

Con ocasión de la muerte del escritor, en enero de 1936, periódicos como *El Sol*, *La Voz*, *Ahora*, insertan en sus páginas artículos de Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez, Manuel Azaña, Antonio Espina, José Bergamín, etc. En el ámbito académico, la *Revista Hispánica Moderna* saca muy pronto un número monográfico (julio de 1936), con trabajos de Melchor Fernández Almagro, Jorge Mañach, una Bibliografía de Sidonia C. Rosenbaum y Juan Guerrero Ruiz. En el volumen se reproducen numerosos textos (del propio Valle-Inclán, de Juan Ramón Jiménez, etc.).

2 Rememorando los últimos días de un Valle-Inclán ya muy enfermo, Domingo García ha descrito la reacción que tuvo ante ese artículo de Ortega (Cf. «Españoles mal entendidos: Don Ramón del Valle-Inclán», *Ínsula*, núm. 176-177, julio-agosto 1961.)

En todo este conjunto, podemos reconocer escritos brillantes, con juicios y puntos de vista llenos de interés. Como, por ejemplo, el artículo de Unamuno («El habla de Valle-Inclán») y, sobre todo, el de Juan Ramón Jiménez («Ramón del Valle-Inclán. Castillo de quema»), reproducido después en otros lugares. Uno de los grandes aciertos de Juan Ramón es no sólo captar el valor teatral de obras como *Divinas palabras* o las *Comedias bárbaras*, sino advertir que comparten una misma estética simbolista con el teatro irlandés moderno (Yeats, Synge, etc.)<sup>3</sup>.

Con la postguerra y hasta el año del centenario, en 1966, podemos distinguir una segunda etapa en los estudios valleinclanianos. Tanto fuera como dentro de España, surgen contribuciones valiosas. Así, estas tres biografías: la de Melchor Fernández Almagro, *Vida y literatura de Valle-Inclán* (Madrid, 1943); la de Francisco Madrid, *Vida activa de Valle-Inclán* (Buenos Aires, 1943), y la de Ramón Gómez de la Serna, *Don Ramón María del Valle-Inclán* (Buenos Aires, 1944). Un ensayo magnífico de Pedro Salinas, «Significación del esperpento, o Valle-Inclán, hijo pródigo del 98» (en *Cuadernos americanos*, 1947), donde se pone de relieve la crítica social y política de los esperpentos, asimilándola al criticismo noventayochista. Una defensa y explicación de la «galleguidad» de Valle-Inclán, de Alfonso R. Castelao: «Galicia y Valle-Inclán», conferencia pronunciada en La Habana en 1939, y publicada tiempo después. Castelao va más allá del artículo de Tenreiro en 1923, y ofrece una caracterización que luego se ha repetido muchas veces: con respecto a Galicia, Valle-Inclán era «el hijo emigrante que más se le parecía». A estas aportaciones, sùmense los muchos y buenos artículos que, a propósito de Valle-Inclán, se publican en revistas fuera de España: artículos de Rubia Barcia, de Sánchez Barbudo, de Manuel Durán, de Amor y Vázquez, de Juan Bautista Avals-Arce, etc. A lo que hay que agregar la contribución de muchos hispanistas norteamericanos, movidos por un interés creciente hacia Valle: William Fichter (con *Publicaciones periódicas anteriores a 1895*, 1952), Rosa Seelman, Joseph Silverman... y tantos otros. Con particular elogio hay que mencionar *La elaboración artística de «Tirano Banderas»* (1957), de Emma Susana Speratti-Piñero.

Dentro de España, y además de la biografía de Fernández Almagro, las revistas especializadas (como *Clavileño*, *Revista de Literatura*, *Ínsula*...) acogen en sus páginas colaboraciones que, poco a poco, van marcando un itinerario de búsquedas y hallazgos en la literatura valleinclaniana. En estos años, publican excelentes artículos sobre Valle-Inclán: Enrique Segura Covarsi, José Luis Varela, Benito Varela Jacome, Rafael Benítez Claros... Algunas revistas (*Cuadernos de Literatura Contemporánea*, en 1946; *Índice*, en 1954) rinden homenaje al escritor. En 1961, con motivo del 25º aniversario de su muerte, lo hacen varias publicaciones. Destaquemos los números monográficos de *Ínsula* (núm. 176-177, julio-agosto) y de *Primer Acto* (núm. 28, noviembre), que reproduce el texto de *Divinas palabras* representado en el Teatro Bellas Artes, bajo la dirección de José Tamayo. Ambos números monográficos evidencian un propósito reivindicativo que, en cierto modo, enuncia la gran eclosión que se produce poco después, alrededor de 1966.

En el contexto de esta segunda etapa, hemos de hablar ya, con detalle, de Alonso Zamora Vicente.

Creo que el primer artículo de Zamora sobre Valle data de 1944: «Valle-Inclán», en *El Correo Gallego* (3 de junio). Tres años más tarde, Zamora da a conocer parte de su indagación en las *Sonatas*: «El modernismo en la *Sonata de primavera*» (*Boletín de la Real Academia*

3 Algo que Juan Ramón ya había visto mucho antes, como lo demuestra en una carta a Valle-Inclán, con fecha 2 de julio de 1920. (Juan Ramón Jiménez, *Cartas*, Madrid, Aguilar, 1962, págs. 230-231.)

*Española*, núm. 120, págs. 27-62). Y ya en Buenos Aires —donde dirige el Instituto de Filología de 1948 a 1952— publica en el bonaerense diario *La Nación* estos dos artículos: «Evocación del esperpento» (29 de mayo de 1949) y «Variedad y unidad de la lengua en *Tirano Banderas*» (29 de julio de 1951). En fin, de ese año 1951 es la aparición del primer libro de Alonso Zamora sobre Valle-Inclán: *Las «Sonatas», de Valle-Inclán*; libro que edita la Universidad de Buenos Aires y que conocerá sucesivas reediciones en la madrileña Editorial Gredos.

Ya hemos indicado que con el estudio de Amado Alonso, en 1928, se da un giro de 180 grados en la apreciación crítica de las *Sonatas*. No faltan después, aisladamente, algunos artículos que tratan de aspectos formales, concretos. Retengamos, por ejemplo, el de Joaquín Casaldueiro, «Elementos funcionales en las *Sonatas* de Valle-Inclán» (*Clavileño*, enero-febrero de 1954). Pero el libro de Zamora Vicente es un estudio estilístico, completo, que supera todo lo anterior. Y aun hoy, a pesar de lo mucho que se ha seguido escribiendo sobre las *Sonatas*, a ese libro tenemos que volver con frecuencia. Como tal estudio estilístico es, en verdad, ejemplar.

Alrededor del centenario del nacimiento de Valle-Inclán, y tanto en la vida académica como en la vida literaria y teatral, se produce —como dijimos antes— una auténtica eclosión. Se multiplican los homenajes (conferencias, coloquios...), las reediciones de los libros, los estrenos y reestrenos... La bibliografía valleinclaniana crece de una manera espectacular. Revistas como *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Revista de Occidente*, *Papeles de Son Armadans* o *Cuadernos de Estudios Gallegos*, además de *Ínsula* y *Primer Acto* por segunda vez, presentan números monográficos con artículos, en muchos casos, espléndidos.

Igualmente, a mediados de los sesenta y comienzos de los setenta, irrumpen numerosos libros que, de modo efectivo, contribuyen a un mejor conocimiento de la literatura valleinclaniana. Piénsese en *De «Sonata de otoño» al esperpento* (1968) y *El ocultismo en Valle-Inclán* (1974), de Emma Susana Speratti-Piñero. *Las estéticas de Valle-Inclán* (1965), de Guillermo Díaz-Plaja. *La estética de Valle-Inclán* (1966) y *El demiurgo y su mundo: hacia un nuevo enfoque de la obra de Valle-Inclán* (1977), de Antonio Risco. *La idea de sociedad en Valle-Inclán* (1967), de José Antonio Gómez Marín. *Valle-Inclán: Tres estudios* (1969), de Francisco Ynduráin. *Visión del esperpento. Teoría y práctica de los esperpentos de Valle-Inclán* (1970), de Rodolfo Cardona y Anthony Zahareas. *Forma e idea de los esperpentos de Valle-Inclán* (1970), de María Eugenia March. *Valle-Inclán y la plástica* (1975), de Eva Lloréns. «*Divinas palabras*»: *Alusión y alegoría* (1971), de Gustavo Umpierre. *Valle-Inclán: Anatomía de un teatro problemático* (1972), de Sumner Greenfield. *Las «Comedias bárbaras*»: *Historicismo y expresionismo dramático* (1972), de Alfredo Matilla Rivas. *La presenza di D'Annunzio in Valle-Inclán* (1976), de Americo Bugliani... Añádase la utilísimas *An Annotated Bibliography of Ramón del Valle-Inclán* (1972), de Robert Lima; como, asimismo, varios libros colectivos: *Ramón del Valle-Inclán, 1866-1966. Estudios reunidos en conmemoración del centenario* (1967). *Valle-Inclán. Centennial Studies* (1968), coordinado por Ricardo Gullón. *Ramón del Valle-Inclán. An Appraisal of His Life and Works* (1968), coordinado por Anthony Zahareas...

Hay que agregar no pocos artículos sueltos en revistas —en números aparte de los monográficos— que sus autores recogen después en libros con artículos sobre otros temas, y también libros que contienen varios pequeños ensayos, alguno de ellos sobre Valle-Inclán. Sólo como botón de muestra (la relación de títulos sería aquí interminable), mencionaré *La difícil universalidad española* (1965), de Guillermo de Torre. *El teatro de lo imposible* (1966), de Jean-Paul Borel. *Quintana y Valle-Inclán* (1971), de Mariateresa Cattaneo. *De Valle-Inclán a León Felipe* (1974), de Manuel Durán. *Temas del modernismo hispánico y otros estudios*

(1974), de Allen W. Phillips. *El teatro del 98 frente a la sociedad española* (1975), de José Monleón. *Valle-Inclán, Azorín y Baroja* (1975), de Ildefonso-Manuel Gil, etc.

Sí, en aquellos años sesenta-setenta, se produjo con Valle-Inclán una eclosión. No sólo en España. En Estados Unidos, por ejemplo, el hispanismo se volcó en este continuado y generalizado homenaje a Valle, con la intervención de muchos escritores y profesores nuestros, allí trasterrados. En otra ocasión he escrito que, durante esos años, la literatura de Valle-Inclán se convirtió en un espacio entrañable, al que fuimos a parar —encontrándonos allí y, a veces, sólo allí— escritores, profesores y críticos de distintas generaciones y de maneras de pensar también distintas. (Unos venían de la Universidad y otros de la vida literaria; unos del exilio y otros del «exilio interior»; unos del desengaño de la derecha y otros del desengaño de la izquierda...). Valle-Inclán nos esperaba a todos: con la gran lección artística de su obra, con la gran lección española de su vida<sup>4</sup>.

Pues bien, en esta brillante etapa de la crítica valleincliniana, Alonso Zamora Vicente ocupa un lugar especial por su estudio de *Luces de bohemia*. Ese estudio —o asedio, aproximación, lectura, relectura..., que todas estas palabras ha utilizado el crítico, indistintamente— ha seguido un proceso modélico. Quizá, como primerísimo referente, deberíamos citar un artículo de 1949 en *La Nación*, al que aludimos antes. Pero, en cualquier caso, hemos de tener presentes los que Zamora publica en *Ínsula* («Releyendo *Luces de bohemia*», julio-agosto de 1961) y en *Cuadernos Hispanoamericanos* («En torno a *Luces de bohemia*», julio-agosto de 1966). Por fin, Zamora Vicente lee su Discurso de Ingreso en la Real Academia, Discurso que titula: «Asedio a *Luces de bohemia*, primer esperpento de Ramón del Valle-Inclán», y que he querido rememorar al comienzo de esta exposición. Dos años después, tras las correspondientes ampliaciones y correcciones, publica el libro *La realidad esperpéntica (Aproximación a «Luces de bohemia»)*.

Modélico, he dicho que es este proceso. Y creo que lo es, no sólo por la calidad de los resultados, sino por lo que tiene de actitud intelectual: repárese en esa constancia, en ese no querer dar por terminado el «asedio» a la obra estudiada, volviendo una y otra vez sobre ella, hasta conseguir arrancarle sus secretos más recónditos. Pues, en efecto, son muchos los valores que Zamora Vicente nos ha enseñado a justipreciar en *Luces de bohemia*: la relación con la parodia teatral y el género chico, la literatización, el reflejo puntual de una realidad social y política, los «modelos» en que se inspiró el dramaturgo, la compleja experimentación valleincliniana con el lenguaje...

*La realidad esperpéntica* y el libro anterior, *Las «Sonatas» de Valle-Inclán*, aunque despliegan recursos metodológicos en parte distintos, se complementan. Como se complementan, en definitiva, el Valle-Inclán modernista y el Valle-Inclán de los esperpentos. Con *Las «Sonatas» de Valle-Inclán* y con *La realidad esperpéntica*, Zamora ha logrado entender a Valle en sus dos obras límite; acompañarle (un buen crítico es eso: una buena compañía) en sus dos búsquedas estéticas más arriesgadas: en el ámbito del simbolismo, las *Sonatas*; en el ámbito del expresionismo, *Luces de bohemia*.

Un opúsculo: *Valle-Inclán, novelista por entregas* (Cuadernos Taurus, 1973) y un oportuísimo artículo: «Tras las huellas de Alejandro Sawa» (*Revista de Filología*, XIII, 1968-1969) se incorporan también a esta andadura valleincliniana de Zamora Vicente en los años sesenta-setenta. (No he mencionado su edición crítica de *Luces de bohemia*; por razones que luego diré, prefiero acercar esa edición a la etapa siguiente).

4 «Introducción», en Ramón del Valle-Inclán, ed. cit., pág. 12.

En los últimos veinte, veinticinco años, la atención de los críticos sobre Valle-Inclán no ha cesado. Otras dos efemérides —el 50º aniversario de la muerte del escritor y el centenario de aquel inefable 1898— han servido de estímulo para nuevas indagaciones y lecturas. Como muestra, nos fijaremos sólo en la parte más sobresaliente de ese iceberg.

Debemos a Javier Serrano Alonso y a Amparo de Juan Bolufer una exhaustiva *Bibliografía General de Ramón del Valle-Inclán* (1995). Y, en este campo, hay que sumar la reactualización que Robert Lima viene haciendo de su bien conocido repertorio bibliográfico: de 1999 es un primer volumen, dedicado a *The Works of Valle-Inclán*.

Para la definitiva biografía del escritor, ha habido aportaciones muy notables. Las de Dru Dougherty, con *Un Valle-Inclán olvidado* (1982) y *Valle-Inclán y la Segunda República* (1986); Robert Lima, con *Valle-Inclán. El teatro de su vida* (1995); el equipo de valleinclanistas de la Revista semestral *Cuadrante* (Vilanova de Arousa) con los varios números publicados desde el año 2000; los nietos de Valle, Joaquín y Javier, con la extensa compilación *Entrevistas, conferencias y cartas* (Valencia, 1994)...

Eliane Lavaud (*Valle-Inclán. Du journal au roman, 1888-1915*, 1980) y Jean-Marie Lavaud (*El teatro en prosa de Valle-Inclán, 1899-1914*, 1992) han profundizado en dos parcelas muy definidas de la narrativa y de la dramaturgia de Valle. El tema de la «galleguidad» de la literatura valleinclaniana reaparece, bien documentada ésta, en *Mascarón de proa* (1983), de José Rubia Barcia; en *La Galicia decimonónica en las «Comedias bárbaras» de Valle-Inclán* (1983), de María del Carmen Porrúa, y en *El mundo gallego de Valle-Inclán* (1986), de William J. Smither. La ideología de Valle, su postura ante la tradición y la historia, etc., son cuestiones que se abordan —a través de un estudio sistemático de las obras, especialmente narrativas— en *Historia y novela en Valle-Inclán* (1980), de Leda Schiavo; *Valle-Inclán y su mundo: ideología y forma narrativa* (1988), de Roberta L. Salper, y en *Tradicionalismo y literatura en Valle-Inclán 1889-1910* (1993), de Margarita Santos Zas. La semiología ha echado su cuarto de espadas; por ejemplo, con Joaquina Canoa y su *Semiología de las «Comedias bárbaras»* (1977). Iris M. Zavala ha estudiado a Valle-Inclán aplicando el instrumento conceptual de «carnavalización», de Bajtin, en *La musa funambulesca. Poética de la carnavalización en Valle-Inclán* (1990); una propuesta crítica que comparte con Ursula Aszyk en su ensayo «Los esperpentos de *Martes de Carnaval* ante la tradición del teatro de raíces carnavalescas», publicado en la revista *Acotaciones* (núm. 1, julio-diciembre de 1990).

En el capítulo de los homenajes colectivos, señalemos los números monográficos de las revistas *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Ínsula* (en 1986 y en 1991), *Revista de Occidente*, *Hispanística XX*, etc. Igualmente, ha habido dentro y fuera de España congresos, cursos universitarios y ciclos de conferencias, en ocasiones con la edición posterior de los textos. Así, es obligado destacar —cuando menos— los libros siguientes: *Valle-Inclán (1866-1936). Creación y lenguaje*, ed. de J. M. García de la Torre (Amsterdam, 1988). *Estelas, laberintos, nuevas sendas (Unamuno, Valle-Inclán, García Lorca, la Guerra Civil)*, ed. de Ángel G. Loureiro (Barcelona, 1988). *Valle-Inclán. Homenaje del Ateneo de Madrid*, con presentación de José Prat y de Lauro Olmo (Madrid, 1991). *Bohemia y literatura*, ed. de Pedro M. Piñero y Rogelio Reyes (Sevilla, 1993). *Les Comédies barbares*, ed. de Jean-Marie Lavaud (Dijon, 1996). *Valle-Inclán y el fin de siglo* (1997) y *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios* (2000), ambos libros en ed. de Margarita Santos Zas, Luis Iglesias Feijóo, Javier Serrano Alonso y Amparo de Juan Bolufer (que forman el grupo de estudios sobre Valle-Inclán de la Universidad de Santiago de Compostela). *Valle-Inclán universal: la otra teatralidad*, ed. de Cristóbal Cuevas y Enrique Baena (Barcelona, 1998).

Asimismo, integran esta perspectiva de la crítica valleincliniana del último cuarto de siglo, algunas compilaciones de artículos ya publicados (a veces con otros recientes e inéditos). En primer lugar, hay que resaltar la reedición de los artículos del propio Valle-Inclán, con el título *Artículos completos y otras páginas olvidadas*, en edición de Javier Serrano Alonso (Madrid, 1987). Esta edición supera considerablemente la de Fichter en 1952. (Fichter reunía veintiséis artículos. Serrano ha conseguido reunir aquí setenta artículos, tres narraciones y diecisiete poemas).

En cuanto a las compilaciones de artículos y pequeños ensayos sobre Valle-Inclán, podemos reseñar: *Ramón del Valle-Inclán*, ed. de Ricardo Doménech (Madrid, 1988). *Suma valleincliniana*, ed. de John P. Gabriele (Barcelona, 1992). *Valle-Inclán, hoy*, ed. de Leda Schiavo (Alcalá de Henares, 1993). Finalmente, saludemos con entusiasmo la iniciativa de un *Anuario Valle-Inclán* (el primer volumen, que acaba de salir, corresponde al año 2001), bajo la rúbrica editorial de los *Anales de Literatura Española Contemporánea*, que dirige Luis T. González del Valle y editan la Universidad de Colorado en Estados Unidos y la Universidad de Santiago de Compostela.

No ha estado ausente Alonso Zamora Vicente de muchos de esos homenajes a Valle-Inclán, en estos veinte, veinticinco años. Son formidables, por ejemplo, sus trabajos sobre «Valle-Inclán y su época» (en *Valle-Inclán. Homenaje del Ateneo de Madrid*) y «Nuevas precisiones sobre *Luces de bohemia*» (en *Bohemia y literatura*). Pero urge ya que consideremos —enlazando con la etapa anterior— las ediciones críticas de *Luces de bohemia* y de *Tirano Banderas*, que Zamora publica en Clásicos Castellanos en 1973 y 1978, respectivamente. La buena acogida que obtuvieron ambas debió de influir en la posterior y sistemática reedición de las demás obras de Valle-Inclán en Clásicos Castellanos. Y en la Nueva Austral, ahora en ediciones al cuidado de críticos valleinclinistas. Más todavía: a finales de los ochenta, Zamora impulsa una edición de las *Obras Completas* de Valle-Inclán, por el Círculo de Lectores. Además de dirigir ésta, él mismo contribuye con tres ediciones críticas (de *Luces de bohemia*, *Tirano Banderas* y *Sonata de primavera*) y con la redacción de un volumen introductorio: *Vida y obra de Valle-Inclán*. Aunque en este campo de las ediciones de Valle aún quede mucho por hacer, no cabe duda de que hoy la situación es muy diferente de la anterior a 1973.

Con dos observaciones quiero cerrar este recorrido por la bibliografía valleincliniana de Zamora Vicente. La primera podría resumirse así: al lado de una extraordinaria y depurada erudición, al lado de recursos metodológicos muy certeros, los escritos de crítica literaria de Zamora Vicente nos revelan a un prosista de primer orden. Como su maestro Dámaso Alonso, Zamora sabe que un verdadero crítico ha de ser, para empezar, un verdadero escritor.

La segunda observación se refiere a toda la trayectoria intelectual de Zamora: como crítico literario, como filólogo, como narrador, como profesor, como académico... Esa trayectoria causa admiración, no sólo por su valor en sí, sino también por las difíciles circunstancias históricas en que se produjo gran parte de ella. Ya sabe el lector a qué me refiero: hablo de la Guerra Civil, de la Postguerra, de la Dictadura de Franco, del empobrecimiento y del enrarecimiento de nuestra vida intelectual. No era fácil, en aquellas circunstancias, levantar una obra literaria, crítica, filológica... Pero Zamora Vicente supo hacerlo: con honestidad, con ahínco, con buen ánimo. Y con algo más: con una mezcla de audacia y espíritu conciliador. Volviendo a su Discurso de Ingreso en la Academia, adviértase la audacia que suponía elegir un tema valleincliniano para tal ocasión, cuando en fechas todavía no tan lejanas Valle-Inclán era un nombre maldito en la Academia; y adviértase —también— ese espíritu conciliador de Zamora, al dar implícitamente a su Discurso un sentido de *reparación académica* con Valle-Inclán.

En fin, todas estas cualidades de Alonso Zamora estaban en la mente de quienes, aquella tarde del 28 de mayo de 1967, asistimos a la lectura de su «Asedio a *Luces de bohemia*», como lo está hoy en todos los que, de una manera u otra, participamos de este justo reconocimiento que le tributa la Universidad de Alicante.